

El derecho a existir del poeta

2020-05-16

(Traducción)



Kultura

AITOR BIZKARRA

Agatón ha ganado la víspera una disputa que hoy llamaríamos certamen literario y para celebrarlo invita a sus venerables y sabios amigos a celebrar un banquete en su casa. Destacan Fedro, Pausanias, Aristófanes, Erixímaco y Sócrates. Nada más saciarse, empieza a decir Erixímaco que Fedro le pregunta una y otra vez por qué los poetas, que han dedicado himnos a otros muchos dioses, no hacen alabanzas al dios Eros. Erixímaco, creyendo que Fedro tiene razón, convence al resto de los comensales: pronunciarán uno a uno discursos sobre el amor y honrarán al dios Eros en la medida en que lo merezca.

Toma la palabra Fedro y, utilizando a Hesíodo y Parménides como argumentos de autoridad, dice que no se conoce dios más ancestral que Eros, que es él el más antiguo entre los antiguos y que esto es motivo suficiente para alabarlo. Además, por si eso fuera poco, las acciones virtuosas y bellas que se realizan a causa del valor infundido por Eros son incomparables, no hay más que mirar a Aquiles, el de pies ligeros, que se vengó de la muerte de Patroclo, aun sabiendo que tendría que pagar esa venganza con su muerte.

A continuación, Pausanias toma la palabra y responde a Fedro que Eros no es único, sino doble. Que hay un Eros bello y digno de alabanza que nos hace amar con belleza y virtud, pero que hay otro amor que es feo, usado por hombres groseros y causado por un Eros torpe. Eros es único según Fedro, doble según Pausanias, y el médico Erixímaco dice que Eros es una fuerza universal que influye no solo en los hombres, sino en todo lo que existe, tanto en los dioses como en los mortales, tanto en la medicina como en la música y en las plantas. Sigue Aristófanes y cuenta un mito loco. No hablaremos de eso.

Agatón toma la palabra y, en desacuerdo con Fedro, dice algo interesante: Eros no es ni podría ser el más antiguo de los dioses. Antiguamente, antes de que Atenea inventara el arte de tejer y Apolo la medicina, antes de que Zeus se instruyera en el arte del gobierno de hombres y dioses, ocurrieron muchas cosas atroces y terribles entre los dioses (por ejemplo, Cronos le cortó los testículos a Urano, los arrojó al mar, y de la espuma que provocó nació Afrodita), pues la Necesidad (*Anánké*) era dueña absoluta. Al nacer Eros, sin embargo, se produjo un desplazamiento del principio estructurador del cosmos y se crearon saberes y bienes según el principio del amor a las cosas bellas, en lugar de crearse según el principio de Necesidad.

Después de todos estos discursos ha llegado el momento de que Sócrates deje boquiabiertos a todos los comensales. Sócrates, con una humildad de toque irónico, declara que aprendió su discurso a una sabia mujer llamada Diotima. El discurso de Sócrates-Diotima pone patas arriba, en general, el de los demás, pero nosotros solo nos fijaremos en un punto. Si Eros es amor por las cosas bellas y buenas, y si el conocimiento, por ejemplo, es bueno y bello, ¿por qué no se llama amante a quien tiende al conocimiento? Pues porque hemos distinguido una clase particular de amor de las otras y le hemos asignado el nombre de la totalidad, mientras que para otras clases empleamos otros nombres. Además, esto no solo ocurre con el amor:

DIOTIMA: Tú sabes que la idea de «creación» (*poiēsis*) es algo múltiple, pues en realidad toda causa que haga pasar cualquier cosa del no ser al ser es creación, de suerte que también los trabajos realizados en todas las artes son creaciones y los artifices de éstas son todos creadores (*poiētai*).

SÓCRATES: Tienes razón.

DIOTIMA: Pero también sabes que no se llaman creadores, sino que tienen otros nombres y que del conjunto entero de creación se ha separado una parte, la concerniente a la música y el verso, y se la denomina con el nombre del todo.

Únicamente a esto se llama, en efecto, «poesía», y «poetas» a los que poseen esta porción de creación.

No solo he extraído estas palabras, sino también todo lo escrito hasta ahora, solo que estas palabras las he extraído de forma literal del diálogo *El Banquete* (en griego original, *To Symposion*) de Platón con el fin de apoyar un par de observaciones sobre estética y creación. El primer aspecto que llama la atención es que, en la cosmovisión de Platón y en general de la Grecia de la época, las dimensiones estéticas, ética/política y epistémica aparecen normalmente solapadas o imbricadas, como parte de cualquier discurso o práctica. Lo verdadero es también bello y bueno; Eros, para amar lo bello, necesita amar también lo virtuoso. Por consiguiente, es destacable la función catártica que un Aristóteles atribuía a la tragedia griega como educador de la comunidad política, o hasta qué punto la forma dramática y el contenido epistémico aparecen fundidos en los textos de Platón. Pero, desde el punto de vista contemporáneo, decirle bello a un código ético o a una legislación concreta, como Sócrates hace algunas líneas más abajo en *El Banquete*, nos parecería, en el mejor de los casos, una insensatez o una intromisión conceptual, del mismo modo que estaría fuera de lugar decir sobre el meadero de Duchamp que es justo y conforme a la virtud. Aun siendo efecto del mismo proceso social material, es innegable que se ha producido un distanciamiento al menos formal entre las esferas estética, ética/política y epistémica.

Para continuar con los distanciamientos al menos formales, la comparación entre la cosmovisión clásica y la contemporánea resulta también ilustrativa para interpretar el concepto de *creador*, que hoy día tan de moda está sobre todo en euskera (*sortzaille*). El diálogo entre Diótima y Sócrates demuestra que en aquella época también era frecuente designar con la palabra *creación* solo algunos tipos aislados de creación, mediante la figura retórica que hoy llamaríamos sinécdoque, dando a la parte el nombre del todo. Sin embargo, tenían muy presente la raíz común del arte y la artesanía, ya que ambos eran ejercicios para hacer que las cosas pasaran del no ser al ser: en sentido estricto, un rapsoda no era más poeta que un mueblista. Hoy en día, sin embargo, la raíz común de la producción ordinaria y de la producción artística no solo está difuminada, sino casi borrada, diría yo, hasta el punto de presentar la producción artística como una antítesis de la producción ordinaria. En el modo de producción capitalista, el sujeto que tiene la fuerza plástica o la capacidad de dar forma, que determina los términos y el resultado de la producción, en una palabra, el *creador*, no es el productor directo, sino la clase poseedora de medios de producción. Por el contrario, en la producción artística parecería que el productor directo y el creador son uno y único, y que, además, mientras que los demás trabajadores, del mismo modo que las divinidades griegas antes del nacimiento de Eros, producen en un régimen de Necesidad, los artistas actúan según el principio erótico de la belleza, imponiendo al objeto su propia ley.

Sin embargo, parece que solo idealmente es la producción artística un modelo de producción que funciona exclusivamente de acuerdo con el principio de la belleza, ya que cada vez son más los que se han alterado, como es natural, por la intrusión de la presión de la Necesidad en ese mundo. El proceso de proletarización de los autodenominados «creadores culturales» es un hecho obvio y cruel y no quiero en absoluto reírme de nadie, pero reivindicar el derecho a la existencia de los trabajadores de este sector en nombre de una hipotética función social o espiritual, *in abstracto*, es perder la partida antes de jugarla (y quizás el reflejo invertido de la parte diminuta que representa este sector en el PIB), por un lado porque lo que no produce elevación espiritual no sería creación y, por otro, porque no está muy claro a qué se refieren exactamente las tales elevación y espíritu (véase «mundo interior» en lugar de «espíritu» y «alimentación» en lugar de «elevado»). Parece que está de nuevo sobre la mesa aquella cuestión que el mismo Platón planteó en *La República*: **la cuestión del derecho de existencia del poeta.**

Si tenemos en cuenta el desamparo de los pequeños productores frente a la

industria cultural de masas y a ello añadimos los recientes índices económicos apocalípticos y la creciente tendencia a la decadencia geopolítica de la Unión Europea, es difícil imaginar un «ecosistema cultural» basado en un sistema público de subvenciones y en el poder adquisitivo de los consumidores para el próximo ciclo de acumulación. El presente sistema económico y social solo reconoce el derecho a existir a sí mismo y a los que sean funcionales para perpetuarlo. Por ello, la verdadera batalla poética se juega aquí en la lucha por el control sobre la producción, sobre la *poíēsis*, por lo que los poetas, como decía Benjamin, deberán elegir el bando en función de su posición en el proceso productivo, no de su supuesta contribución espiritual a la humanidad.

El artista, como proletario, lucha por la mejora de sus condiciones de vida inmediatas, pero el proletario, como artista, debería abordar la lucha por la estetización universal de las condiciones de vida, por el comunismo.